

luciosamente hacia el alojamiento,
donde nos esperaba, las más veces,
la noticia de una defeción o una
derrota

El Ejército.

XIV

Las revoluciones nacen o se hacen, es
decir, son espontáneas o simplemente ar-
tificiales.

Para vencer a las primeras son
impotentes los ejércitos; para domar
a las últimas los soldados son perfecta-
mente eficientes.

La de Tuxtepec no fue revolución
sino sedición: y digo sedición, porque
fue consumada por el Ejército y no
por el pueblo. No me habéis de
decir que esa fue una borrachera
de indios: ni de Epattán, porque ese
fue un asesinato en masa. Luego,
sobre el ejército recae toda la
responsabilidad del triunfo del Sr.
Días: unos y otros, porfiristas y ler-
distas, eran más o menos pretorianos;
el que no había tomado las armas

por la Patria, las había tomado en nombre de la Religión, que viene a ser una misma cosa.

Con pocas excepciones, los paladines del Sr. Díaz, más que hombres de idea, eran hombres de soldada. Vicente Riva Palacio, Ignacio Martínez, Trinidad García, Ide la Cadena, Donato Guerra, Reneo Paz, por ejemplo, eran hombres que perseguían un ideal; pero Treviño, Nájera, Fulencio Hernández y Mier y Terán, no pasan de haber sido unos mercenarios. La distinción es precisa: aquellos eran revolucionarios, estos revoltosos. Aquellos luchaban por un principio; éstos por un hombre. ¿Cuáles son más grandes? No sé yo precisamente quien lo diga: los que defendían al hombre han sucumbido ahogados; los que sostuvieron el principio, no morirán jamás en la memoria

del pueblo.

Desde la sublevación de Galba que acusaba a sus soldados matar soldados, todas las sublevaciones militares deben sofocarse con fuerzas militares: el Gobierno que pretende suprimir un motín con un derecho, me recuerda el burgués del verso de Baranger, que quería parar un bayonetazo con un libro abierto. ¡Fue mi error. El sablazo de Tuxtpec quise evitarlo con mi paraguas..... ese paraguas fue el Sr. Gral. Mejía. ¿Me traicionaba? Yo no lo creo. ¿Descababa mi caída? Así lo pienso. Él quería ser Presidente; y cuando a un oaxaqueño se le pide ser Presidente, ya ven t. t. que es muy peligroso. Entorpecía la acción del Gobierno en

Las operaciones de la campaña de Oriente, al extremo de que un día le dijera Juan José Bar:

- Se me ocurre un modo para que termine la revolución
- Y es? replica ansiosamente el Sr. Mejía
- Que V. se suicide.

Ese festivo sarcasmo del Sr. Bar tenía más filosofía que la que V.V. pueden imaginarse. En primer lugar, el Ministro de la Guerra, en mi época, era algo como un Califa absoluto, sin más restricciones que las que legalmente constitucionales; pero como el Congreso había investido de facultades extraordinarias al Ejecutivo en todos los ramos, delegué a mi vez en el Sr. Mejía esas atribuciones. El mapa de las campañas quedó en sus manos, lo mismo que el Ejército. No mentiría si dijera que este es de lo más florido:

Alatorre, Carbó, Revueltas, Corella..... Alatorre es un soldado digno de los

tiempos de Jurena y de Condé: valiente, fruidonoroso y leal, rígido en la disciplina, autómata en la obediencia..... Me agrada más para Ministro de la Guerra que para general en campaña. Si tenía ambiciones á la Presidencia como el Sr. Mejía, disimulaba con más talento y patriotismo esas aspiraciones. Arregante seu lo físico moreno, de ojos vivos y barba poblada. Alatorre es el tipo de guerrero antiguo con uniforme moderno. Nunca lo he considerado precisamente como un genio estratégico, pero entonces lo veía tal como lo veo hoy: como un soldado de honor. Respecto al Sr. D. Sóstenes Rocha, mi opinión es enteramente distinta. Desde luego diré que el militar que necesita intoxicarse en el campo de batalla para entrar en acción, es porque tiene miedo; y ya se sabe que el alcohol presta el menos un valor galvánico y artificial. La Bufa y Ju de Ovejo no son glorias,

sino carnicerías. La toma de la Ciudadela está muy lejos de ser un acto de heroísmo. Un general sin sangre fría me causa el mismo efecto que un orador sin palabra: sin serenidad se pueden acometer actos de valor pero no acciones que valgan. No hay que confundir a D. Tuffote con Aníbal; y si el arroyo es una cualidad militar, la sangre fría constituye la esencia del militarismo. Luego, si las vacilaciones del Sr. Matamoros entorpecían la campaña, las impetuosidades del Sr. Rocha no podían menos de comprometerla Si él no hubiera dado los ridículos escándalos de Mixcoac y del Salado y le hubiera yo confiado mando de fuertes. Por lo que hace al Gral. Fuero, carecía, en mi concepto, de los méritos del uno y del otro

de esos dos jefes, con los defectos de entrambos. El único laurel que cine la cabeza de Fuero es la escaramuza de Ycamole. No describiré aquí esa batalla en la que murieron más caballos que hombres, habiendo más hombres que caballos. El Sr. Díaz corrió por un lado y el Sr. Fuero estuvo al punto de hacerlo por el otro Fue Quiroga quien salvó la situación. El Gral. Fuero tiene la ambición de D. Miguel Miramón, sin el talento de éste: hechos posteriores lo han demostrado. Siendo hoy relativamente joven, es ya perfectamente viejo. Restan de esa Nueva Guardia, Ceballos y Folentino; aquel amaba demasiado a las mujeres para pelear con los hombres y éste tenía demasiado a los hombres para no ocultarse entre las mujeres. Ceballos desertó:

Folentino traicionó.

x x
En México no hay opinión pública: los que opinan en materia de gobierno son los mismos gobernantes ó los aspirantes a serlo. ¿Contaban éstos con la fuerza suficiente para derrocarlos? Evidentemente que no: su triunfo nació de la defección, que no de la oposición. Y todavía, si al Sr. Iglesias no hubiera mordido la serpiente del orrando, de hecho que la gran rebelión se hubiera desbaratado como tela de araña en la punta de una escoba.

54
Facilis descendus Averno.

- X V -
Se ha dicho tanto sobre la inflexibilidad de mi carácter, que á veces yo mismo me desconozco: tal es el número de consejos tejidos bajo ese secundo terra. Describenme unos con la ferocidad de Mr. Thiers; bosquejanme otros con los tonos sombríos de un Felipe II de gorro frigio; pintanme la mayor parte como un ser inclemente y rencoroso que instigara la ejecución del Archiduque Maximiliano. Desgraciadamente para la prosia, todo eso no es más de un vicio de imaginación, violencia propia de la raza latina, y que en México se reagrava por lo ardoroso del clima. Un pintor mexicano de talento que murió muy joven Manuel Ocaranza trazó en del lienzo una bella fan-